IDEAS Y FIGURAS

REVISTA SEMANAL DE CRITICA Y ARTE

FEDERICO VEGA Y VEGA ADMINISTRADOR

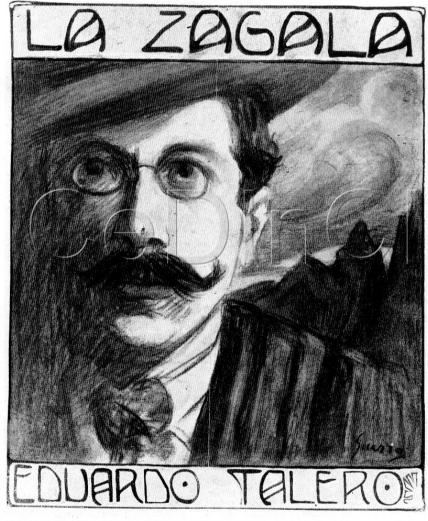
ALBERTO GHIRALDO

DIRECTOR

Año I

BUENOS AIRES, 21 DE SETIEMBRE DE 1909

Número 14



EDUARDO TALERO.— Escritor ágil, fuerte y brillante, paradojal, hiperbólico, aunque fácil y sin alambicamientos, pese á sus extrañas modalidades de estilo, Eduardo Talero, poeta siempre, ha escrito prosas que son poemas, y poemas como La Zagala, su mejor página, - hoy echada á los vientos en esta edición de IDEAS y FIGURAS encerrada en digno marco, obra de José Guarro, otro artista de vuelo alto, amplio y firme.





Alberto Ghiraldo

Por JUAN MAS V PI

APARECERÁ EN BREVE

UN VOLUMEN EN PROSA CON EL SIGUIENTE SUMARIO:

Alberto Ghiraldo. - Su personalidad. - Iniciación. « Fibras ». --El luchador. «Gesta». — El periodista. «El Sol». — «Los Nuevos Caminos». - El poeta. « Música Prohibida ». - «La Protesta». - «La Tiranía del frac... » - «Carne doliente». - El teatro de Ghiraldo. «Alas». «Alma Gaucha». «La Cruz». — «Triunfos Nuevos».

Precio 0,50 el ejemplar

Pedidos á la Imprenta Malena, Cuyo 2021, Bs. Aires, acompañados de su importe. Descuento á los libreros y agentes.

GAUC

ALBERTO GHIRALDO

Apareció la 2º edición

Precio: cincuenta centavos min.

Pidase en todos los kioscos

Venta por mavor, en lo de su editor: Pascual Mediano Kiosco Constitución, calle Brasil entre Lima y Buen Orden, frente à la Estación del Sud, Buenos Aires, Pedidos del interior se aceptan acompañados de su importe.

Obras del mismo autor: GESTA (3a. edición) y CARNE DOLIENTE. Precio: UN PESO MONEDA NACIONAL



AÑO I.

Buenos Aires Setiembre 21 de 1909

Núm. 14

IDEAS Y FIGURAS

REVISTA SEMANAL DE CRÍTICA Y ARTE

FEDERICO VEGA Y VEGA ADMINISTRADOR

ALBERTO GHIRALDO

"La Zagala"

*Was somebody asking to see the Soul? See! your own shape and countenance—presons, substances, beasts, the trees, the running rivers, the rocks and sands.

(WALT WHITMAN).

Encuentro

Iba esgrimiendo el tosco bordón del peregrino Allá en las soledades del desierto argentino, Sin más castillos regios para mis ambiciones Que las cumbres andinas y los agrios torreones De hielos que al Sol bruñen su esquife de topacio Cuando los Andes le abren su nocturno palacio.

Chacay, corcel de Arauco, enarcaba su cuello Porque allá en la hondonada vió serpear el destello Del río Limay; la espuma, cual rebaño de pascua Le ensanchó el corazón; su piel tornóse en áscua De ambar, en onduloso satin crepuscular. Y era que va su instinto pregustaba el chañar.

Así opulento erguía su penacho de crines Tascando iluso el freno cual si allá en los confines Mordiera extensos prados de aciduladas lilas; O al oir tras de las lomas el son de las esquilas Maceraba el tomillo bajo sus herraduras Goloso de retoños, sediento de aguas puras.

Las escuadras de patos tendieron tornasoles Guirnaldas sobre el cielo gris; y en los caracoles De guijarro, la noche tañó sus ocarinas Y et aire bramó salmos y sollozó sordinas.

Ante esas voces graves medité que el proscrito Debe irse á los desiertos; y como un pajarito Vivir agazapado bajo humilde follaje Y hacerse lego de esa basílica salvaje.

Y fué la noche aquella cuando tembló en mi carpa La misma brisa dulce que resonó en el harpa Del vagabundo Ercilla; y fué la noche aquella En que un fogón campestre me iluminó la estrella De ensueños apagados por una bota herrada; Y allí, sobre la hierba de reflejos estriada, Bajo los aderezos de la gran Cruz del Sur Y ante tisones de oro recamados de azur, Me dije: no mas penas, en adelante no hay Sino hacerse una chacra á orillas del Limay.

Un viejo vasco serio, sarmentoso y membrudo, Con ojos de alborada y gesto sacro y rudo De sembrador, fué el hombro de mi convalescencia Para entrar á esos huertos de la vida; su ciencia Eran la luz v el aire v el vino v el candor; Y era sabio: la borla de un insigne Doctor Valía menos que un gajo de rosas, las espigas Le excitaban cual á otros los encajes y ligas, Escuchaba los roces del maizal que se enreda Como otros escuchamos los de faldas de seda: Dudaba de los hombres pero amaba los perros Y era su amor el mismo para hijos y becerros; Siempre halló analogías raras entre las pomas Y et seno de sus hijas y el perfil de las lomas; Eran sus telescopios los arcos de sus ceias Y allá entre los vellones de las blancas ovejas Pulsaba el ritmo oculto del misterio pascual: En la viña exprimian sus dedos el lustral Jugo teñido de oro por el pincel solar; O inclinado á la tierra, con gesto apostolar Sus dedos hechos garfios de las fuerzas profundas Arrancaban del surco las esencias fecundas.

Tanta sabiduría

Fué allá en la Patagonia mi redentora guía,
Fué el texto luminoso de esos claustros celestes
Que la verdad custodian en sus pozos agrestes.

Violencia

Antes no había sentido mesquindad con la tierra Somos muy egoistas: Cuando al pie de la sierra Me entregó el teodolito mi parte de desierto Sentí celos sexuales, rencor y desconcierto Porque Chacay hollaba bajo sus herraduras Las hojas de aquel monte, espinosas y duras; Por una margarita le dí una azotaina Como si me robase una libra esterlina, Cada ave pasagera por mi retazo de aire Me dejaba ofendido con su aleve desaire, Los hovos de vizcachas ladronas v los nidos Me parecieron cuevas de terribles bandidos, Odié á una mariposa que bebió en un nectario Salvaje, sin la anuencia del nuevo propietario, Sentí et hosco despecho de los conquistadores Ante el imperio libre y audaz de los condores Cuyos plumajes negros son crespones y ojeras De pueblos enclaustrados en rígidas fronteras, Cuyas barcas de sombra — manchas del sol — son guía De genios que dibujan la nueva geografía...

Emoción

Pero al ver de repente las huellas de una oruga. Mis gestos de avaricia desfruncieron su arruga, Porque vi que esa chacra era junto á mi vida. Lo que una selva eterna para una hoja perdida, Y que desde el pedazo más humilde del suelo. Uno es dueño de todos los jardines del cielo.

Ya desde ese momento, sin orgullo y sin guantes Cogi tierra y piedritas cual si fueran diamantes, Estreché con afecto, con piedad y sin asco El hocico del perro y la mano del vasco. Al pasar por el monte sentí de las palomas El aplauso, y un vaho de silvestres aromas Hizo el raro prodigio de evocar en mi mente Los senos y las bocas del gozo adolescente; Al pisar una mata rústica de romero Sentí el santo perfume de aquel sillón de cuero Donde por cada párrafo de doctrina cristiana Siempre me dió mi abuela una rica manzana; La resedá evocóme armarios de caoba Cuando volvía mi madre de la Iglesia á su alcoba; Las ramitas de junco me hicieron las cosquillas Que en los bancos de escuela sintieran mis mejillas; En las nieblas dormidas sobre arbustos pasivos Vi mi primer mañana de insomnios ilusivos, Vi otra vez de una silla subir las espirales Del cigarro en que ardían los ocios paternales, Vi entre hostias y casullas y tocas y maitines Con plumajes de incienso volar los querubines. Y vi un traje de novia intacto todavía Y una monja que reza por mi melancolía...

Ese ambiente sencillo de dulces sugestiones Fué para mi alma el lienzo de las consolaciones, Nuevo pañal que tejen las soledades quietas En et telar movible de sus tardes violetas, Olán de horas humildes deshilachado en hilas Para curarnos llagas con bálsamo de lilas, Cenizas de las cumbres morales, y humo místico Del argento en que arde ámbar el fogón eucarístico. Y fué que mi indigencia calmóse en esas zonas No con el trigo fácil que muelen las tahonas, Sino con esa harina que cernida en las nieblas Riegan desde sus tornos de plata las tinieblas.

Nada fué ya ese título que me diera el notario! Para ver lo que llaman las leves propietario, En otro archivo inmenso, el de las transfusiones Vi á mi favor mil siglos de sabias prescripciones, Puesto que — claro estaba — testigo era la sierra — Yo fui et primer amante de ese rincón de tierra, Era princesa virgen del desierto, su seno Aun estaba de espinas y de culebras lleno, Eran los azahares de su pudor huraño Las lanas que en sus breñas perdiera algún rebaño, Apenas si en sus grutas vi misteriosas cruces Grabadas por la huella de errantes avestruces, Jamás le desciñeron su primitivo traje Ni la sed en sus labios sació nunca el salvaje, M1 sol muisca fué el mismo que doró sus arenas Y su luna la mía: ¡mi jardín de azucenas!

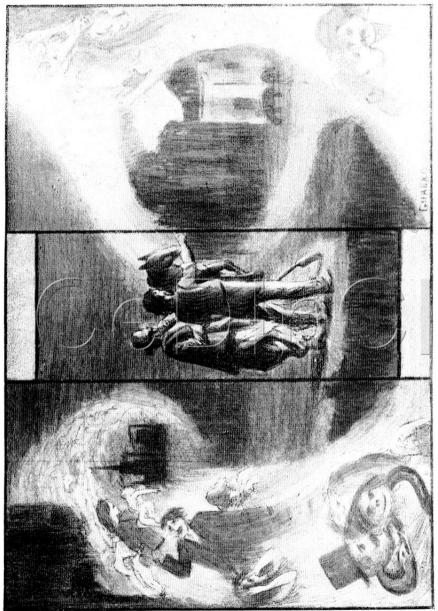
Evocando á sus Incas, de las huacas de huesos Sacaba en la alta noche convulsos aderezos, Y eran sus lucernarios enjambres de zafiros En explosivo vuelo contra torvos vampiros; Mientras que de la sierra se azulaban los plintos Con fuegos en que ardían corolas de jacintos, En el Limay los sauces sombreaban las espumas Con temblorosas manchas de víboras y pumas. Esperó mis caricias y arrulló sus afanes De pubertad, con liras de nieve y huracanes, Esperó muchos años que mi melancolía Y la suya se unieran: y por eso era mía, Esperó que á sus claustros llegara el Arciprestre Que entendiera su idioma de princesita agreste; Además... era bella; y un proscripto, es de Jonia, O del Tibet es príncipe, ó de la Patagonia.

Transfusión

Y la ceñi de alambre — el dogal que las leyes Usan para la tierra. — Con músculos de bueyes Y uñas de recio acero la desgarré, crujían Sus tejidos profundos y al fin aparecían Sobre el turbión de polvo como red que en sus hebras Arrançase al abismo manojo de culebras: Yo iba tras del arado aspirando la grama Como se aspira el lecho de adormecida dama, En cada tronco duro se excitaba mi enojo Cual si me detuviese mis ansias un cerrojo, Y en cambio, del raigambre el fibroso tejido Me dejaba de miedo y amor adolorido; El sol le iba tostando las tiernas espadañas Como fogón que á un niño le quema las pestanas. El surco, ya exhibía en sus reconditeces Cavidades y senos y blandas redondeces, Y nidos diminutos y hoyuelos de mejilla Ansiosos ya del beso febril de la semilla; Los bueyes en su aliento hacían fumigaciones Con el perfume á virgen de las maceraciones, Sus pieles de oro hervían bajo el sol, y un humillo De carne y pan mezclaba su olor al del tomillo; Bajo el azul bien diáfano de la mañana aquella Vibraban en la brisa temblores de doncella, En la atmósfera había películas de frutas Y almizcle acre v obsceno de cabras disolutas, Todo el cristal del aire se ahumaba sutilmente Con el vapor de alcoba de la chacra y mi frente, (Con ese vaho galante que nos embriaga, así Como la nubecilla de los five o'clock tea) Con esos humos leves que son los delantales Ceñidos á la tierra por hadas germinales Para que en ellos tiren los soles sus ducados Y las constelaciones sus perlas á puñados, Que son linón tendido con manos asuntivas Por siembras que en anhelo de madres sensitivas Clarifican las mieles de esas tardes radiosas En que abre el sol sus huertos de racimos y rosas.

Fuego

La noche de la quema las confusas Llamaradas doraron el ambiente Y morosas huyeron las lechuzas A los confines misteriosamente.



Dib. de Guarro

El césped, los arbustos, los helechos, La veste virginal quedó marchita, Y los surcos se irguieron como pechos Brunos de apasionada pastorcita.

Flores, zarzas y musgos familiares Tejidos por los siglos—sus abuelos— En el humo de hogueras tumulares Tornaron á la rueca de los cielos.

Y eran de ver saltar en la fogata, Cual resurrectos rayos los bejucos, Y ascender como víboras de plata Los mimbres de los viejos arcabucos.

En ese prado legendario y yerto, Había estrellas cuajadas y proscriptas, Porque al arder hacia el azul desierto Volaban otra vez las margaritas.

Alli entre los junquillos y retamas Debieron florecer hondos delirios, Porque hechas corazones, esas llamas Humeaban suavidades como lirios.

Con sus carbones llehos de quimeras Algo eterno el desierto simboliza: Lenguas de oro lamiendo calaveras Que escupen á los cielos su ceniza.

Allı estaba el sepulcro de jardines Del sol caídos en edades viejas, Porque en gajos de rosas y jazmines Resucitaban locas las abejas.

A los cabros chispeaban las pupilas Viendo flechas de sol en esos lampos, Y al plateado tin-tin de las esquilas Seguía hipido de anhelos en los campos.

En brasas de oro el tronco del romero Daba aromas de frases nazarenas; En tanto que — profano pebetero — El olor del corral ardía en las venas.

Proyectaban las grises humazones Sobre el abismo obscuro de los vientos, Polvaredas lejanas de escuadrones Y espectros de caciques harapientos.

Fuéronse huyendo de la luz las nieblas Con peplos de relámpagos fugaces, Como ninfas buscando en las tinieblas Las cuevas de los sátiros voraces.

Agua

Abrió el alba en el Este Su abanico celeste Para limpiar del cielo la ceniza; Y el vasco con sus ojos de remota montaña Escudriñó las nubes, luego olfateó con maña De rumbeador las hierbas y la brisa. Agua buscaba en torno
De ese rescoldo de horno
Donde ya el sol reverberaba su ala;
Y ai fin, con don profético y gesto de alegría
Guiado por el perfume de alguna niebla fría
Rayó una cruz con su filosa pala.

Y cavó, y en el rumbo
Lo orientaba el retumbo
De su esfuerzo aplaudido por la sierra;
Y al resuello del pecho contestaba la arena
Con voz sorda y opaca de eternidades llena:
Diálogo de la sangre con la tierra.

No se invocó la ciencia Ante la resistencia Del terreno á entregarnos su cautiva: ¡No! porque con las perlas cálidas de su frente Que el vasco se limpiaba con mano reverente Venció el recato de la dulce diva.

Sobre el fondo del pozo
Con giros de retozo
Saltó el agua desnuda y jubilosa;
Y aunque la sombra humeante con azulados velos
La cubriera, reïa, y sus ricos hoyuelos
Guiñaba al sol, flexible y cosquillosa.

La subterránea bruma
Bordó encajes de espuma
Al lecho de joyantes piedrecillas.
Y las burbujas de aire cautivo, de aire eterno
Copiaron de las nubes el colorido tierno
Y sutil de perladas gargantillas.

De bruces inclinado
Sobre el montón dorado
De húmeda arena que el brocal cubría,
Eché en aquel abismo de soledad mi barca
De ensueño, y vi en el fondo los tesoros del arca
Donde guarda el amor su melodía.

Seda de cielos grises Diluyendo matices De ojeras y mejillas ardorosas, Ocasos convulsivos y tristezas de infancia, Neblina de oceanos, jardines con fragancia De senos sollozantes y de rosas.

Entre esa honda penumbra Mi niñez se realumbra Como ruina fosfórica en los montes: El aljibe del huerto, la sala y sus espejos, El pizarrón, los ojos del burro y los conejos. El balcón de la novía y los sinsontes.

Y otra vez los espejos Remotos, los espejos Del taciturno adiós en los estuarios, Los de alcobas doradas por ardientes pupilas, Los de crespón y plata de mis noches tranquilas, Y fos otros... sin luna... los tumbarios...

Plenitud

Y ese pozo tan humilde es el arca donde guardo Todas las reliquias viejas de aromas sentimentales, En él perfumo las sedas de mi espíritu con nardo Porque en él guardo las flores de mis ciclos otoñales.

No soy avaro y no tengo caja de hierro con llaves Porque sé que la esperanza no está bien bajo cerrojos, Pero alli escondo los vinos del crepúsculo y las naves Llenas de rasos y mirras y constelaciones de ojos.

Del Tronador y el Domuyo huyen rozando los flancos El Limay de la leyenda y el Neuquén que el oro espacia, Y por las pampas corriendo como dos rebaños blancos Al fin se unen y se brindan en holocausto de gracia.

En oficinas é imprentas sigan otros sus anhelos: Aquí el Limay en sus truchas su plata me brinda tersa, Tengo oro en miles de bancos: estos surcos y estos cielos, Y allá en la sierra el rebaño muerde en las rocas mi fuerza.

De la cólina se miran los Andes níveos y largos Mostrando líneas hialinas de mundos evanescentes: Arcos de luz para flechas de los recuerdos amargos, Contornos de corazones, curvas de senos ausentes.

Sé que las tardes enfermas del Neuquén filtran carmines Y en estas aguas destiñen para el otono sus telas Y así, las melancolías en mis parques y jardines Tendrán tonos sensitivos para hacer sus acuarelas.

Aqui la ilusión me forja mis palacios halagüeños Y hay champañas y borgoñas de las celestes bodegas, Esa agua con esta tierra levantarán á su dueño Torre para las sus nobles añoranzas solariegas.

Cuando allego allí la frente fruncida de decepciones En sus cintillos de perlas reza el agua su rosario, Oigo suspiros maternos y susurros de oraciones, Siento místicas sonrisas y perfumes de incensario.

Y estas linfas y esas tierras saturadas de arreboles Me darán trigo con carne de Venus, y me darán En mis racimos panales de astros y jugos de soles Y en mis cañas los carrizos que endulzó nuestro dios Pan.

Sé que en esa tierra duerme mi corazón de mañana Y esa agua hervirá más tarde con vigor en mis arterias, Que se harán labios de niños y púrpuras de manzana, Que serán mi yo futuro, sin dolor y sin miserias.

Místicas aguas, humildes novicias entre sus tocas; Aguas sin crespón de nubes ni orgullos de catarata, Dulces monjitas que dejan su monasterio de rocas Para tocar en mi pecho sus campanitas de plata.

Sé que esas sombras azules sepultadas en el pozo Serán bóvedas de ensueño en mis árboles y parras, Terciopelos de las uvas y palios de mi reposo, Suavidad de mis olivos y seno de mis guitarras.

En la palma de la mano tengo un montón de semillas Que en sus vientres diminutos llevan obscuras florestas, En la palma de la mano sostengo templos y quillas, Cunas, féretros, salones y rumorosas orquestas. Contra las noches sañudas en que brame el campo frío, Con traje de raso haré que mi lámpara se prenda, Y que en su falda de rosa duerman mis lóbos de hastío, Y que mis júbilos dancen bajo el oro de su tienda.

Y así mientras yo requinto las violas de mis sonetos El té férvido en la estufa salmodia su antifonario, Y en su falda azul las manos de Ella dibujan minuetos, Tejiendo encaje, fingiendo retozos de columbario.

Cuando el tren de Buenos Aires me lleve buenos amigos No hablar de literatura ni del *progreso creciente*, Hablar de cabros y viñas y del sabor de los higos Sin preguntar quien ha sido declarado presidente.

Y ya saben mis amigos, si por mi bien los albergo, Que allí estarán ebrios de aires sutiles y de susurros; Sin vanidad y con poncho, sin guantes y con chambergo Escalaremos la sierra en cabalgata de burros.

Y mesa alegre y pan blanco y sol sobre los manteles, Y flores, copas y risas, y frutas para el regosto, Mientras el chorrito de agua del jardín canta rondeles Y en las cubas bisbisea tiernos festejos el mosto.

Mis noches tibias presiento: entre sauces y gladiolos Ella y yo paso entre paso conversando á la sordina, Y el crujido de hojas secas, y nosotros solos, Y en la sombra verde el halo de su blanca muselina.

Y el extasis de inconsciencia de las tardes invernales: Humo azur de te y de pipa, y estufa, brasas y versos, Golpecitos de aires grises en los húmedos cristales Y en las gotas congeladas dulce temblor de universos.

Mi «Zagala», mi «Zagala», punto invisible del mapa. Vivirás siglos y siglos con muchos, con muchos duenos, Pero mientras tu piadosa arena mis huesos tapa Serás zagala y pastora de mis rebaños de sueños.

EDUARDO TALERO.

Buenos Aires, 1909.



Dib. de Guarro.

"El bello animal"

-¡Tanto gusto!

Fui el último, el punto final de aquella-serie, en rueda, de «tanto-gusto», fórmula de consisión trapense con la que sellamos, puestos por turno en pié y trabadas un momento las manos, nuestro conocimiento con el recién llegado. La mirada rápida que crucé con él, al saludarnos, me advirtió hubiese sido igual para el caso, esta otra fórmula:

— ¡Que te pille un toro! — ¡Que te pille un toro!

La intención, la misma; el efecto, idéntico. Es verdad, sin embargo, que esta última sería sincera, porque el tal contertulio, vueltos de nuevo á sentarnos, ni cambió conmigo una palabra más, ni siguiera se dignó mirarme. Esta olímpica indiferencia se la agradecí bastante va que la costra me fué, inmediatamente, algo antipática. El tipo era, físicamente, formidable: alto, corpulento, de cara mofletuda, monda de barba y bigote, desbordándose del cuello de la camisa: con unos ojitos ratoniles incrustados bajo unas cejas ralas v separadas por una nariz roma, que de tan ocuosos parecían rezumar la grasa en hebullición en el interior de aquella animalidad potente. Trajeado á la moda, el castillo andante llevava á manera de cúpula una galerita inverosímil, tamaño de bacenilla para niños. Tipo, en fin, de orondo señor satisfecho, y á mi me repugnaron siempre los hombres satisfechos. En ellos me ha parecido observar algo del puerco bien cebado.

Puedo, pués, manifestar, francamente yo, que á nuestro hombre, al «bello animal», terminé por distinguirle con toda la antipatía de que soy capaz hacia una persona (2) con la cual estoy apenas ligado por un sacramental «tanto gusto» Perdone el lector tanta digre-

de derribar un pino...

—Pchss...; Ya lo vel — satisfizo el descalabrado en tono de simulada displicencia, mientras enderezaba el hombro penosamente, soslayando una mirada rencorosa en que se leía un /No seas bruto! Pero las estrepitosas preguntas del «hermoso ejemplar», temibles en todos conceptos, fueron ineficaces á levantar el ánímo decaido y mústio desde hacía rato, de los circunstantes.

El silenció volvió á establecerse más hosco aún. Eran cerca de las dos de la madrugada y la noche, íntegra, se había consumido en un

frenético macaneo literario.

Estábamos en el café, en aquél café donde dos ó tres focos eléctricos suspendidos del techo entablan, al llegar la noche, una misteriosa lucha con las mesas resobadas, con los tapices raídos adosados á los muros incoloros, con cierta incipiente sordidez, general en el local exiguo, para librarle, con su resplandor potente, del dictado de cafetin de suburbio; en aquel café en que se apiña á todas horas una parte de la híbrida población de esta urbe y en cuyas mesas, igual que se discute de arte ó se escriben malos versos, se concierta la venta de una polaca infeliz, se hacen cálculos sobre «ganadores» y «placés». se forman compañías de teatro y se pordiosea desver-

gonzadamente un confortador café con leche; foco, sobre todo, de la turbamulta de literatos desmeollados, pintamonas sin talento, melómanos imbéciles y periodistas famélicos, que tascan rabiosamente el freno de la más incurable impotencia mental, cuando no vomitan la copiosa y apestosa pedantería, fruto de sus menguadísimas producciones artísticas; en aquel café, para terminar—joh lector paciente!—donde la inmortalidad tiene su asiento, cuyo patrón sonríe amablemente á sus roñosos parroquianos en vez de echarlos á puntapies y en el que. Santos Dumont en efigie, arrinconado allá junto al vasar, parece preguntarse asombrado;—¿qué hago yo aquí? En aquel café...

¡Vaya!... ¡Estábamos en aquel café!-Para distraer el tedio espeso que se acusaba en el esguince amargo de los labios, resecos ya, uno, provisto de escarbadientes aliviava sus uñas del luto de la mugre; éste entreteníase en condimentar un repugnante comistrajo depositando, entre chupada y chupada, la ceniza de su cigarrillo en el interior de la tasa con recíduos de café; aquel repiqueteando con los dedos sobre la mesa-repasada por el mozo veinte veces durante la noche-y un cuarto tertuliano miraba hácia la calle por la amplia vidriera del establecimiento, su mayor atractivo, vidriera por la que, igual á un lienzo de cinematógrafo, pasa la vida, palpitando en la rápida é incesante mutabilidad de las figuras El «bello animal», como nadie se acordase de él para hablarle, silvava desaforadamente el vals de «La Viuda Alegre» llevándose el compás con el bastón, ilrresistible!

El estrépito de las cortinas metálicas al bajarlas y los mozos que comenzaron á amontopar sillas, dieron la señal de desalojo. Cada cual pagó lo suyo y salimos á la calle. En la

esquina me vi solo con el héroe.

-¿Para donde va? me preguntó entonces.

—A mi casa. —¿Por ahí?

-Por ahí.

Le acompaño. Es mi dirección.

Echamos á andar, juntos. Hacía un frío intensísimo y me embutí en mi sobretodo, caminando aprisa. El bipedo hablaba...La tarde anterior hizo conducir á la Comisaría un cochero por fustigar demasiado á sus flácidos jamelgos.

- Soy de la «protectora«, ¿sabe?

Le miré sorprendido.

-¡No lo crée!....Vea—y sacó un carnet del

Seguíamos caminando. Bajo un farol, en el quicio de una puerta distinguí un bulto, una oruga humana. Un niño vendedor de periódicos que esperaba allí el día. Al llegar frente á él me detuve un instante. El «protector» apremió.

-Vamos. Hace mucho frío.

A la vista de aquel desdichado dormitando sobre el mármol, el contraste le hizo rebullirse, con salvaje egoismo, en el amplio abrigo. De nuevo en marcha, aún agregó:

—¡Que gusto estar en la cama, eh! Al separarnos me tendió la garra derecha.

Y con una amariconada genuflexción:
—;Tanto gusto!—me dijo.

-¡Tanto gusto!-respondí hipócritamente.

A. NICACIO PAJARES.

Una parábola

Yo soy un hombre aficionado à las parábolas de los antiguos. Es, acaso, en su sobriedad y sencillez lo que más estimo de las literaturas orientales. El resto, con la excesiva pompa, me cansa y me fatiga. Y de una colección de estas parábolas, cuidadosamente recogidas por un erudito alemán, en un libro que titula « filosofia oriental en cien parábolas » traduzco hoy esta, forzando à continencia mi pluma que, de buena gana, renunciaria à tamañas minucias literarias, para ocuparse en comentarios de más palpitante actualidad...

Dice, pues, esta parábola que según el sabio alemán lleva en el original el titulo de

«Las dos ciudades».

He aquí los origenes de la ciudad de Tor y la ruina de la ciudad de Both, que ambas arrancan de una misma causa. Así se ha visto, à veces, dar un solo arbusto rosas de colores diferentes y, en el cuerpo humano, hay sangre roja y sangre negra, según el sitio de él en donde penetre la gumia.

«Fue esto en años remotos y solo la memoria de un hombre más que centenario

podia dar testimonio del suceso.

da aldea de Tor contaba apena veinte casas y la habitaban hombres de labor y de pena; industriosos, justos, desnudos de ódio y de venganza; agradecidos al Señor, en

sus trabajos.

La ciudad de Both era magnifica y brillante. Tenia doscientas puertas, quince torres, seis oùnales y en sus plazas, flonde brillaba d'marmol del color de la piel de los mujeres, habia baños, Bibliotecas, palacios y salas de solaz y esparcimiento. Pero habitaban la ciudad de Both unos hombres soberbios, en el arreó de su poder y de su fuerza. Creian á los hijos de Tor gente pecadora que sufrian en su miseria el castigo de sus culpas. Tenian desdén y espiritu de venganza. Como vivían prósperos, se habian olvidado del Señor y se creian los dueños de su vida.

«Un día quiso el Supremo probar à la ciudad de Both y probar à la pequeña aldea de Tor, cuyos sufragios le parecian, à él mis-

mo, inexplicables.

Desató el Supremo las cataratas del cielo sobre una colina que estaba á la espalda de la magnifica ciudad de Both. Al mismo tiempo abrió los caños de la tormenta sobre otra colina que estaba á espaldas de la pequeña aldea de Tor.

«Y duró la lluvia tantos dias que las dos

colinas se deshicieron y el caudal de aguas fué tan grande que transportó como si fueran hojas de almendro todos los pedruscos de una colina á la ciudad de Both, todos los pedruscos de la otra colina á la aldehuela de Tor.

«Y la desolación fué en ambos sitios. Y los pedruscos obstruian las calles de la ciudad y tapaban los tejados de la aldea.

«¡Tomaremos venganza! clamaron los de Both: con nuestras propias manos pulverizaremos las piedras invasoras y la soberbia colina que ha querido amenazarnos será alfombra y cubierta en nuestras calles.

«Al mismo tiempo los de Tordecian: Bendito sea lo que el Señor ha querido: tallaremos estos pedruscos, los colocaremos pacientemente, uno junto el otro, en sus tres dimensiones, pondremos argamasa en las junturas y de la desgracia y del dolor, nos haremos una vivienda nueva.

«Asi hablaren los hombres de uno y otro paraje. Ahora diremos que los vengativos de la ciudad de Both mellaron sus armas, gastaron sus picos, rompieron sus mazos antes de que la mitad de los pedruscos hubieran desaparecido de sus calles; entonces, impotentes, se cruzaron de brazos y la ciudad, intransitable y profanada, perdió poco á poco su esplendor; en las junturas de las piedras depositóse el polvo de las primeras venganzas; allí, con el agua, se hizo hierba y el magnifico recinto es hoy una colina informe.

Los hombres justos y piadosos de la aldea de Tor, vieron, en cambio, sus haciendas prosperadas; los pedruscos de la tormenta, hábilmente pulimentados y dispuestos por ellos, formaron palacios; los palacios se alinearon en calles, las calles originaron una esplendida ciudad.—Y hoy la aldea de Tor es uno de los puntos más ricos del Oriente.

«Que no olviden los fieles en la adversidad, ni la mansa disposición de espíritu, ni el culto paciente y laborioso que le dieron vida.

«Y en la hora de las venganzas, que los fieles pongan su mano delante de los ojos, para que no les dañe el sol y miren á lo lejos por la parte de Oriente, y vean aquella colina informe en que ha venido á parar la espléndida Medina-Both, ciudad del marmol y de la venganza».

Esta es la parábola.

Por la traducción;

E. Marquina

Sobre "Versos de una Juventud"

Buenos, Aires, Sctiembre 13 de 1909.

Amigo mío:

Señor Edmundo Montagne,

El arte es un gran dolor, he pensado en diversas ocasiones, y á medida que crece mu empeño de buscar la indudable similitud que debe existir entre las obras buenas, más me afirmo en ello. Desde luego, tal definición del arte podrá ser todo lo unilateral que se querá ya que sólo se refiere al interior y substancial de la producción artística, pero se ajusta en to-

do a mi objeto porque no voy á considerar la mano de obra, el frente de su libro, puesto que es Vd. un viejo y experto rimador y no deben ya preocuparle tales cosas. Bástame sentirme dominado, atraído por el alma del poeta para que me importe poco que versifique à la perfección.

Pues bien, Montagne, su último libro resplandece de dolor jy qué pocos hombres llevan el corazón húmedo por la noche de lágrimas, y qué pocos, Montagne, qué pocos son los que están de rodillas ante la esperanza, llo-

rando la tragedia de la duda!

Su libro me ha puesto más amargo el corazón, más triste el alma y me ha substraído tan violentamente á la calmante familiaridad de los días comunes, que el recuerdo de las cosas perdidas vuelve para quitármelo todo!...

Ha dado Vd. á luz un alma sobre la que pesa el misterio de una desgracia general y honda, y no puedo evitar este movimiento doloroso de mi alma, este rezongo por la tris-

teza de todos y por la mía.

«Versos de una Iuventud», señala una época, clasifica una generación, retrata una faz dels espíritu moderno. Cuando los dolores y las esperanzas de muchos se han dado cita en uno solo y ese uno escribe su libro, todos han encontrado su poeta. No se subleve Vd., no rechace mi humilde palabra, porque es la de un sufrimiento que adquiere de improviso la facultad del verbo, y por tanto, negaría Vd. lo que no puedo permitir que se me niegue...

¡Qué no toquen mis dolores, porque son sa-

grados!

Eso es lo que debe decirse.

He tenido ocasión de leer las numerosas críticas que con motivo de su obra se han escrito, y créame que las encuentro lamentables, sí, en general, lamentables! Por esos

trabajos se piensa que nos ha dado Vd. unas páginas simplemente bien escritas, cuando están Îlenas de angustia, de enfermedad de negación, de amor que ha perdido para siempre su objeto y vuelve sus manos vacías hacia la madre para la dulcificación de nuestras últimas lágrimas. (¡Qué infamia, amigo mío: cuando no se sabe adonde ir. se vuelve á casali

No tome esto como un reproche, dado que sé que los corazones grandes y las almas buenas

pagan en demasía los pasados errores... Esa amargura es la que no ha sentido el crítico, vulgar analista de las impecabilidades de la forma, y lo repito, «Versos de una Juventud», ofrece ancho campo al Psicólogo, y al Poeta, hondas y sinceras emociones. Siempre que los releo siento la desesperación de todo lo que me rodea, y siento que mi corazón ya no espera con la misma fuerza que antes un pálpito feliz.

Nuestra obra pasada habrá sido humana, pero nos ha revelado nuestra propia miseria!

Ahora, Montagne, es preciso que se conforme Vd. con esta especie de lamento que ha salido de mí. No profeso de crítico, pero puedo sintetizarlo todo, en una palabra,: ĥe llorado...

Suyo.

IUAN PEDRO CALOU.

De "Almas de Crepúsculo"

LA OBRA

- Mira como llueve... el agua cae en hilos finos y cristalinos como lágrimas de mujer. Da tristeza ¿verdad? contemplar este paisaje envuelto en las brumosidades del día...

- Desde aquí parece que han muerto las olas del lago: ni un estremecimiento, ni un impulso, ni una ondulación... ¿es qué esta dormido?

— Sueña!
— Y los Alpes borrosos, ofrecen una silueta extraña, revestidos de nubes que vagan lenta y silenciosamente como el misterio de nuestras existencias...

- Qué felices seríamos traduciendo e alma complicada de la naturaleza que nos rodea. Penetrando en la eterna impasibilidad de las montañas, en la serenidad de la nube peregrina, en la ola coronada de espuma, en el ramaje que oscila á impulsos de la brisa, en la atmósfera que nos rodea, en el aire que respiramos, en la luz que hiere nuestras retinas, ó en la sombra que neurasteniza.

- Pero eso, no es otra cosa que un capricho de la imaginación siempre loca y fantaseadora, construir imposibles que duran lo que la vida...

- Y quién no se abisma en imposibles, quién no vive atado á la quimera, á la dicha de engañarse á sí mismo para ahuyentar la descarnada realidad? Los que esto hacen son felices y más cuando consiguen olvidar las preocupaciones materiales de la vida que empequeñecen las concepciones puramente idealistas. ¿Recuerdas al pobre viejo Bernard?

- Ahí tienes uno de tantos ejemplos. La vida de ese hombre arranca admiración y lástima á la persona menos sensible; admiración por la tenacidad en el trabajo y por la fe en el triunfo; lástima por el doloroso fin, por el dislocamiento brusco de su vida.

¡Pobre Bernard! desde niño notáronse en él

grandes aficiones pictóricas. En su casa, con pedazos de carbón, ensuciaba las baldosas del patio, con figuras de hombres y de objetos, que aunque desproporcionados é ingenuos, denunciaban un temperamento que bien encaminado habría sido en lo futuro una fuerza considerable. Pero sus padres, incapaces para apreciar cualquier manifestación que no fuera rigurosamente práctica, beneficiosa, capaz de arrojar un buen «dividendo», obstinábanse en que el pequeño martillara sobre el yunque, avivara la fragua, acarrease plomo á la fundición, como lo hicieron sus antepasados todos.

Llegó un momento en el cual Bernard antepuso su voluntad, su inclinación, sus ensueños y esperanzas á la indiferencia paterna. Y aun cuando múltiples privaciones y desengaños tuvo en los comienzos de la lucha, prosiguió su marcha con la misma fe en el triunfo futuro que le

hizo romper la armonía familiar.

Pasó por las academias mejor acreditadas de París, con su miseria y su maleta de quimeras repleta siempre. Y ya fuera en el aula atestada de alumnos inclinados sobre las carpetas, ya fuera en la calle cuando vagaba á la pesca de impresiones, ya en su bohardilla estrecha, oscura y mal oliente Bernard, veía con dimensiones fabulosas su silueta de artista genial, abriéndose paso á través de la indiferencia, de la maldad y de la envidia, hasta alcanzar la ramita verde del triunfo definitivo.

Sí, él habría de ser tenaz hasta la última hora, convencido estaba de su fuerza, y aun cuando el oleaje fuera bravío, sus brazos vencerían, de tal modo, que domaría la cólera de las olas pudiendo luego dormir sobre ellas, envuelto una túnica de espumas. Bravo marino que lanzas tu barca, sin antes interrogar à fa mar tranquila en que hora y lugar ha de levantarse la temida tromba que empuja al naufragio. ¡Y amurallado en la ilimitada fe en sí mismo. Bernard remó siempre, bajo cielos con sol y bajo noches sin luna...

Bernard era un apóstol del trabajo; diez y ocho telas en doce meses. Convencido de que su fuerte era el paisaje, fué en su busca, viviendo en las montañas, al borde de los lagos, en los comienzos de la selva. Habían muerto sus padres, heredando con este motivo treinta mit francos. Cansado también de cambiar de queridas como la camisa, resolvió casarse con la última que tuvo. ¿Te acuerdas de la viejecita que le secundaba en sus tareas?

-¿De Luisa? sí, con un simple esfuerzo la

vería caminar por el «atelier»...

Bueno... y anduvo errante, lejos de París, con su lote de esperanzas y su caja de pinturas á cuestas. Pero toda su producción, según él, era los cimientos de la obra final. No sabía cuándo la concebiría, tal vez hoy, mañana, pasado, no tenía prisa por ello, vendría sola, sin gran ruido, sin gran pompa.

La buena Luisa que le reconfortara siempre en los momentos difíciles, tenía tanta fe como él en la gran obra futura, que dislocaría todo obstáculo, abriendo las puertas de las academias que hoy permanecían herméticamente cerradas para su marido, que no era comprendido, por los influjos reformistas que daba á la pin-

¡Oh! sí, soplaría la buena brisa que haría germinar esa semilla bendita, dormida hasta ahora en el surco protector. Y los que por maldad, ó por envidia, ó por incompetencia mental, declaraban guerra á Ferdinand Bernard, prosternaríanse, sumisos, humillados, confundidos en la turba que proclamase á todos los vientos el triunfo del incoparable pintor. Pero las telas fueron siendo siempre das mismas; adivinábase en ellas, unas retinas estrechas para abarcar con amplitud las excelsitudes naturales. Había torpeza en el pincel, ceguera de sentimientos, impotencia creadora. Por eso resultaban todos sus cuadros de una pobreza lastimosa, charros, insípidos, grotescos, pequeños. Notábase desesperado esfuerzo, sudor de frente, fatiga intelectual, retroceso continuo.

En el dintel de los sesenta años firmó la última tela: esa era su obra, el sol, un gran sol rojo, la fragua del universo, hundiéndose en los Alpes. Y no pensó llevarla al Salón para recoger la palma de gloria; vendría á buscarla el día de la justicia.

En tanto, todavía sentíase con fuerzas para comenzar otra obra igualmente digna de la que había terminado, pero no ya en pintura, smo

en el mármol blanco y mórbido.

Y con un entusiasmo tal, como esos que se sienten á los veinte años pujantes v devastadores, embardunaba diariamente sus manos de las cuales escaparía la estatua reveladora del talento más robusto y complicado. Cada día experimentaba nuevas satisfacciones, con este detalle, con aquel otro y el de más allá. Pero Bernard estaba viejo, había trabajado mucho en sus sesenta años, para producir únicamente, «el sol hundiéndose en los Alpes»; ya sentía enormes fatigas, no pudiendo trabajar más de cinco horas diarias. Por otra parte, los inviernos de París le hacían daño con sus crudeces, y hoy un catarro, mañana dolores de pecho, hacíanle guardar cama, en perjuicio para su labor.

Y pasaron los años, cinco, diez, trece y la estatua estaba allí, inconclusa, deforme, proclamando tristemente la miseria de un cerebro carcomido por el esfuerzo y la neurosis. Cuando el sol hacía su entrada triunfal inundando de rayos el «atelier» del artista, la estatua, el pobre fruto de una quimera eterna, encogíase, retorcíase, molestada, herida, por esas bocanadas de vida que venían á contrastar plenamente con su chatura irremediable.

Bernard por el contrario, convencíase de la pureza de líneas, del golpe de martillo dado hábilmente sobre el mármol frío. Como prueba de ello, puedes recordar lo mucho que nos dijo en esa tarde de otoño, triste como nuestros destinos. Hablaba con dificultad, pues la angina al pecho que tomó el invierno último impedíale respirar normalmente.

– Aquí tienen ustedes mi obra. ↓La sienten?... ¡Cómo no!... llevo trece años empeñado en darle el calor de la vida. ¿Verdad que ya lo tiene? Y Luisa, buena como una súplica, acercábase con la lámpara encendida en torno de la estatua para realzar las perspectivas.

Vean ustedes cómo se anima proseguía Bernard — se entreabren los labios y asoma una sonrisa; de los ojos escapan claridades y la cabellera abundosa parece realmente de una sirena que surge del fondo del mar.

Luisa puso en alto la lámpara y Bernard, súbitamente, como si acabara de descubrir un nuevo detalle, exclamó:

 Vean ustedes, cómo palpitan los senos; palpitan vivamente porque, ya deben haberse dado cuenta de que son senos de madre, prontos á esparcir el germen de la vida.

Loco de entusiasmo proclamaba la grandiosidad de su obra. Y estaba firmemente convencido que en ningún tiempo se pudo haber hecho esfuerzo semejante. Los artistas modernos que sacrifican la calidad al número, que no se detienen en el detalle, sino que van directamente á dar una impresión de conjunto y nada más, esos no podrían alcanzarle hasta el punto de producir su obra: «La ciencia matando e egnima». Y con un resto de aquella divina imaginación con la cual fantaseaba sus más íntimas concepciones, veía surgir radiante su estatua simbólica, imponiéndose por sobre las pasiones oscuras y los prejuicios atávicos, que tanto brillo quitan á las manifestaciones del intelecto creador

La estatua en tanto parecía desmembrarse. Disgustada consigo misma por su chatura lastimosa, herida frecuentemente por la luz que ponía en descubierto la imperfección de las líneas, la mediocridad de las formas forjadas penosamente por una mano huérfana de energías.

- ¿Y después?

- Todos conocen el epílogo doloroso...

- ¡Pobre Bernard!

- En una mañana fría y gris, torturadora de almas, deshacedora de quimeras, con los ojos fuera de las órbitas, juntos los dientes, la boca ensangrentada, desfigurado el rostro por un color violáceo, Bernard, pendía de una cuerda sujeta al marco de la puerta. Había martillado mal; dió muerte, por dar vida. Y la pobre «ciencia disipando el egnima», destrozada, maltrecha, sin nunca haber podido ser algo más que la manifestación de un esfuerzo vano, ofrecía más valor, así, dispersa en fragmentos, porque al menos era el coeficiente real de una vida aniquilada.

RICARDO SAENZ HAYES.

TEFFEROS GRATIS

La Cotizadora de Figuritas

Nicolás Selva

473 - CORRIENTES - 473 - Buenos Aires

UNICA CASA AUTORIZADA PARA EL CANJE DE LAS FIGURITAS MONTERREY

Por cada 50 figuritas Monterrey de borde celeste, actualmente en circulación, entrega una vara cuadrada de terreno dentro de la Capital Federal. Hay lotes de 250 á 600 varas. Es el premio más importante ofrecido hasta hoy, pues nadie ignora el valor de los terrenos ubicados en la Capital.

Por cada 50 figuritas se retira un vale provisorio y cuando se tenga la cantidad suficiente para obtener un lote, se escritura en el acto. Hay para regalar más de un millón de varas.

Administración: P. Unidas 2791, Buenos Aires. — Número suelto: 20 cent.